

La psiquiatría en la España de fin de siglo

J. García, A. Espino, L. Lara
Madrid: Díaz de Santos, 1998.

Yo creo que la reforma psiquiátrica española es algo de cuyos resultados podemos estar más o menos satisfechos, pero que, definitivamente, sí ha tenido lugar en los últimos 20 años. Como no fue un proceso que respondiera a un plan con unos objetivos bien definidos a los que pudiéramos referirnos para su evaluación, no es fácil hacer un balance de la misma. Tampoco ha transcurrido el tiempo suficiente para que referirla pueda considerarse una tarea de historiador.

Personalmente, me quedé muy sorprendido cuando un profesional al que respeto me llamó indignado por la lectura de un artículo mío. Se trataba de un trabajo al que yo no tenía particular aprecio (Fernández Liria y Diéguez Porres, 1998), por considerarlo una mera relación de hechos extraídos de un informe oficial, al servicio de la tesis -no aceptada por todo el mundo- de que algo ha cambiado en la psiquiatría española en los últimos 25 años. En él omití, según me hacía ver este compañero de profesión, la referencia a un documento del PSOE (*) cuya autoría tiene que ver con él, aunque los actuales dirigentes del PSOE prefieran ignorar documento y, sobre todo, autoría. Disentía este colega no sólo en mi valoración de los hechos, sino en la delimitación de cuáles son los hechos pertinentes para debatir el tema que nos ocupa. Y él me acusaba, consecuentemente, de mentir y de ignorar. De ignorar confieso saberme culpable (no, desde luego en mayor medida de lo que lo supongo a él), porque la cercanía de los hechos a los que en estos temas nos referimos (de los que en mayor o menor medida hemos sido protagonistas) impiden lo que pudiera llamarse una visión panorámica. De mentir, como acabo de leer el texto de Carlos Castilla (*) sobre este tema (que me ha remitido a aquel “decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar” del catecismo de niñez), me siento a salvo.

En un momento, como es éste, que cualquier estudiante de historia contemporánea sabe que es muy previo a aquel en que puede empezar a practicarse su especialidad, nos encontramos todos (yo mismo, mi indignado crítico, y los autores del libro que comentamos), obligados a presentar nuestra versión de lo ocurrido más con el compromiso difícil de ser sinceros que con el

imposible de ser objetivos. Y es necesario, y útil, y sano, que dispongamos de estas versiones y que estas versiones sean distintas¹.

Pepe García, Toño Espino y Ladislao Lara son, por muy diferentes motivos y con muy diferentes méritos, tres representantes del Partido Socialista en la arena de la reforma psiquiátrica. El resto de los colaboradores del libro (con algunas excepciones como la del introductor Castilla o la aportación foránea de Levav o René González) han sido artífices no repudiados de la presencia de este partido en tal arena. Lo que nos ofrecen es la versión del PSOE de lo ocurrido. Y esto es, en principio, una buena noticia y aporta parte del interés del libro, porque los militantes del PSOE han tenido una perspectiva privilegiada de lo ocurrido en el país durante estos años y porque esta perspectiva condicionará lo que el PSOE decida hacer en un porvenir en el que, no hay que perder la esperanza, volverá a tener una influencia determinante en los derroteros de la atención a la salud mental en nuestro país².

Lo bueno de estas versiones escritas en vida de los protagonistas es que las historias narradas recogen aspectos de lo referido que no es posible rastrear en documentos. Lo malo, sobre todo cuando se escriben desde la perspectiva de quien ha participado, participa y pretende volver a participar en el poder, es que lo que se dice tiene necesariamente que cumplir la función de justificar lo que se ha hecho. Y, a veces, en ausencia de una capacidad autocrítica excepcional -que no es el caso-, esto lleva a sacrificar la verdad más allá de lo

¹No se tome esta afirmación por una profesión de fe del construccionismo que me recriminan amigos como Ander Retolaza. No es que una versión no pueda ser más verdadera que otra. Es que aún carecemos de perspectiva para dilucidar eso. Lo que sabemos es que si no están enunciadas las propuestas, difícilmente podrá saberse nunca nada sobre ellas.

²Nunca ha sido una esperanza sin matices, porque el PSOE nunca impulsó claramente una política sanitaria que pudiéramos llamar de izquierdas o, por lo menos, de defensa decidida de la asistencia pública. Ahora tampoco, en un momento en el que afronta un movimiento de renovación que, como todos los movimientos de renovación anteriores amenaza con “volver” a situar en primera línea a los personajes que dirigieron la etapa anterior.

inevitable³. Uno y otro extremo se alternan, a mi modo de ver, en las diferentes partes -de diferentes autores- que componen el libro.

Como crítica general, me parece, por una parte, que este libro ha supuesto una ocasión perdida para rescatar todo lo que de positivo han presentado las propuestas progresistas de la psiquiatría española frente a la actual ofensiva de esa versión psiquiátrica del Pensamiento Único que se nos impone de modo cada vez menos contestado. Hay un procedimiento de escribir la historia que llevó a borrar la imagen de Trotsky (y aun a hacer aparecer la de Stalin) en las fotos en las que Lenin aparecía al frente de acontecimientos revolucionarios. Orwell, en su novela *1984*, imaginó todo un ministerio -que se llamaba, claro, Ministerio de la Verdad- dedicado a construir un pasado más conveniente a las circunstancias políticas presentes. Milan Kundera también escribió sobre este modo de proceder en *El Libro de la Risa y el Olvido*. El texto que comentamos no ha sabido sustraerse por completo de la tentación de aplicar este procedimiento historiográfico. Sin entrar en otras consideraciones, la ausencia en la bibliografía de trabajos de personas como Manuel Desviat, Onésimo González, Guillermo Rendueles o Fernando Colina, ninguna de las cuales se caracteriza ni por la parquedad de su producción escrita ni por la poca repercusión de sus trabajos en el proceso de reforma, recuerda inevitablemente la tarea del Mini-Trusth de Orwell. Y es una pena, porque se puede tomar partido sin ser sectario.

Por otra parte, echo en falta en el libro un capítulo dedicado a situar la atención a la salud mental en el marco de las nuevas políticas sanitarias que se están aplicando en el hemisferio norte. La aplicación de la metáfora del mercado a los sistemas de atención a la salud fue parte del *armamentarium* ideológico del que se valió la administración Reagan durante los años 80 para dismantelar el ya precario sistema de protección social americano y uno de los grandes hallazgos sobre los que cabalgó el proyecto tatcherista de remodelación del sistema sanitario británico. En nuestro país, sorprendentemente, éste, como otros mitos de la política neoliberal, fueron introducidos, antes de la llegada de los conservadores al poder, por los gobiernos socialistas a pesar de que, en el momento en el que esto ocurrió, existían ya datos suficientes para saber que esos planteamientos habían fracasado en sus lugares de origen no sólo en el objetivo -meramente propagandístico- de mejorar la atención sino, también, en el de reducir el gasto. De hecho, tanto Bill Clinton como Tony Blair (ninguno de

los cuales son muy sospechosos de pertenecer a la extrema izquierda), comenzaron sus mandatos poniendo sobre la mesa proyectos de reestructuración del sistema sanitario basados en otros supuestos (aunque el de Clinton sucumbiera a la presión de los *lobbies* de siempre). Me parece importante esta carencia porque creo que el principal obstáculo al desarrollo de un sistema de atención a la salud mental como el que parece que proponen los autores radica en la generalización de este tipo de políticas, justificadas en base a objetivos macroeconómicos y no en la discrepancia sobre aspectos más concretos de planificación y programación de los servicios específicos de salud mental.

Más allá de estos defectos, el libro será, seguro, una referencia obligada por tres motivos. En primer lugar, porque proporciona una recopilación de referencias documentales con las que, de otro modo, no es fácil hacerse (proporciona, incluso, algún inédito, como la memoria económica de uno de los borradores de anteproyecto de la Ley General de Sanidad, que sucumbió en el proceloso alumbramiento de esa ley). Más importante me parece un segundo aspecto: el de recoger de forma sistemática planteamientos teóricos, que se exponen, sobre todo, en los capítulos de Pepe García, que no están recopilados en publicaciones accesibles y que no son fácilmente reconocibles en las realizaciones a que, una vez filtrados por el proceso político-administrativo, dieron lugar. Quizás sea el eslabón oculto que pueda servir a las jóvenes generaciones para comprender que alguna parte del bodrio asistencial que padecemos no fue concebido en una pesadilla del genio maligno de Descartes, sino que es un especie de formación de compromiso entre un proyecto que no llegó a desarrollarse, un *ancien régime* que se resistía a desaparecer y las propuestas -tan de cajón- con que el vigente Pensamiento Único nos invita a delegar en el Mercado la ingrata tarea de pensar. Por último, tiene la ventaja de fijar algunas posturas por parte de personas representativas de una formación política que algún día volverá a tener más poder y, seguramente, menos propensión a fijar posturas.

Se trata, en definitiva, de una versión. Pero no de una versión cualquiera.

Alberto Fernández Liria

Bibliografía:

Fernández Liria A, Diéguez Porres M. La reforma psiquiátrica en España: aspectos diferenciales. *Administración Sanitaria* 1998; 2: 85-102

³El capítulo de Madrid es antológico a este respecto.